



Un sistema sólido y de consenso pleno

A solid system of full consensus

Laura Romoli

Docente universitaria. Periodista.

Fecha de envío: 7/11/2023. Fecha de aprobación: 10/11/2023

Aquel domingo en que mi padre se vistió de traje y corbata, supe que algo importante iba a pasar. Fue el 30 de octubre de 1983, cuando, por primera vez en mucho tiempo, los argentinos concurrían a las urnas. Sin embargo, no había mucho que festejar. Una historia de intermitencias que alternaban democracias con golpes de Estado no permitía tomarse en serio el regreso de los comicios.

La crisis de Semana Santa de 1987 parecía entonces un capítulo más de nuestra historia política. Y la hiperinflación de 1989 se convertía en el velo con el que sería envuelto aquel gobierno de Raúl Alfonsín, en la Argentina incorregible.

Vendrían más tarde los indultos, la obediencia debida y el punto final. Vendría el pacto de Olivos, el aumento de la desocupación y los atentados de la AMIA y la Embajada de Israel. Le seguirían el fin de la convertibilidad, el corralito y la crisis de 2001, coronada por la repetida frase «Que se vayan todos». Llegaría el álgido punto de inflexión de la Resolución 125, que en 2008 dibujaría en las plazas públicas una línea profunda para ubicar de un lado a «nosotros» y del otro, a «ellos».

En lugar de ser la nación pujante que creímos forjar, la radiografía demográfica del INDEC dijo este año que el 40 % de nosotros somos pobres. Y que más de la mitad de los niños lo son. Mirarnos al espejo nos arrojó en una nueva crisis de representación, nos mostró una desilusión generalizada de la política y el desencanto de la oferta electoral.

Sin embargo, entre el trigo y la cizaña, creció en tierra argentina un valor silencioso de raíces fuertes y profundas. Es el de la democracia como base indiscutible en cualquier escenario que la

coyuntura presente. Ahora lo sabemos: no hay crisis en este país —que las tiene y muchas— que haga tambalear tan ganada conquista. Y lo es a pesar de las heridas y de todo lo que falta.

La libertad de expresión, el debate abierto, la coexistencia de todo tipo de diferencias son un hecho de la indiscutible democracia argentina. Tanto es así que esta idea ni siquiera se expresa: está tan instituida en nuestras mesas, tan naturalizada, que se vuelve obvia e implícita.

Nuestro sistema electoral, a pesar de todos sus aspectos perfectibles, también es sólido como un régimen en el que el pueblo es el soberano y controla a sus gobernantes. Sin negar que el vaso contiene agua, es momento de reconocer que está a medio llenar. Sentadas las bases de lo que queremos ser, el desafío ahora es alcanzar la calidad. Porque una democracia de alta intensidad supone la garantía de todos los derechos. Las necesidades básicas satisfechas, el derecho a la educación, al trabajo, a la salud, el acceso a la justicia, a un ambiente saneado son el norte del camino que debemos andar

Ya sabemos que con la democracia no se come, no se cura y no se educa. Pero sin ella, estos objetivos son imposibles. Tras 40 años, nos graduamos como los mejores alumnos de nuestra historia. No hay, en ningún escenario posible, una opción que no sea la salida democrática. Lo aprendimos con sangre pero también con justicia. El Juicio a las Juntas fue el puntapié de este tiempo nuevo que dejó atrás la tan acostumbrada recurrencia a los golpes de Estado, con un consenso seguro, el de «nunca más».